

Filología y ciencia del lenguaje. Lección inaugural pronunciada en Leipzig el 30 de abril de 1862

Philology and language science. Opening lecture delivered in Leipzig on April 30th, 1862

Georg Curtius*

Al intervenir hoy por primera vez en este círculo, y siendo para casi todos personalmente un desconocido, solicito su amistosa y considerada atención, y me permito dirigirla no a una pregunta científica en particular, sino hacia la relación que dos grandes campos de la ciencia guardan entre sí. De este modo, espero, me resultará más sencillo exponerles, mientras comento las relaciones entre estos terrenos, los objetivos y tareas específicas que me esforzaré en perseguir. Pero también de por sí debería resultar de interés dedicar un breve examen a la relación mutua entre dos ciencias, de las cuales una, la filología, puede envanecerse de una rica y antigua historia, mientras la otra, la lingüística, es claramente una criatura de nuestro siglo. Desde ya, las preguntas por la delimitación entre los campos de la ciencia pertenecen al número de las inconducentes. En ninguna parte en la ciencia hay mojones fronterizos ni agrimensuras que permitan separar los territorios y campos con fuerza de ley. Sería necio asimismo ordenar al libre espíritu investigador del individuo que se detenga, o a la inversa, pedirle a aquel que anhela para su ámbito de conocimiento una delimitación más acotada que ensanche sus fronteras. Las cuestiones fronterizas pueden referirse en la ciencia solamente a la cosa, nunca a las personas. En tales cuestiones, por lo demás, se tratará mucho más de la unión que de la separación. Nada podría resultar más característico de la posición alcanzada por las ciencias en nuestra época que los vínculos cada vez mayores y más numerosos que se evidencian también entre aquellas disciplinas que a primera vista tendrían poco contacto entre sí. Y justamente la filología, con la diversidad de la materia que abarca, y por poco que merezca el reproche que suele hacersele de vez en cuando en su círculo más estrecho, de que sería una ciencia que está envejeciendo, es la que menos debería excluirse mezquinamente del intercambio con otras ciencias. Precisamente en estos contactos se encuentra una cantidad inagotable de tareas significativas, siempre renovadas, un tesoro de estímulo, que la filología no debe dejar ocioso. Pero no se puede hablar de filología sin dar una mayor precisión sobre el término. Y también para nuestro fin será necesario decir algunas palabras que precisen más este concepto. Pasando por alto los diversos destinos que la palabra y el concepto de filología han sufrido desde los tiempos de los alejandrinos hasta nuestros días, podemos destacar tres concepciones de esta ciencia como tal, que han alcanzado un amplio reconocimiento en nuestro siglo. En primer lugar, en Inglaterra y Francia se entiende habitualmente por filología no otra cosa que el estudio de la lengua. Si adhiriéramos a esta concepción, entonces la pregunta por la relación entre la filología y la ciencia del lenguaje se disolvería. Ambas serían idénticas. Pero en Alemania, este uso de la palabra no ha encontrado nunca eco, y con toda razón. El mismo nombre lo contradice. *Lógos* no quiere decir lengua sino discurso, *lógos* designa a la palabra cargada de sentido. La ciencia de la lengua como facultad del espíritu humano o de las lenguas como las distintas tentativas de los pueblos de capitalizar esta facultad, se llamaría en griego antes bien *glossología*. De acuerdo con un segundo uso muy extendido, el auténtico objeto de la filología es la literatura, y el de la filología clásica

* Título original: "Philologie und Sprachwissenschaft. Antrittsvorlesung gehalten zu Leipzig am 30. April 1862". En Georg Curtius. 1886. *Kleine Schriften*, ed. por Ernst Windisch, Leipzig: Hirzel. Traducción de Juan Antonio Ennis.

entonces el legado completo de la tradición escrita de la Antigüedad griega y romana. Y quién podría negar que así se designa a toda la materia a la que ha estado y está dedicado de manera preferencial el incansable esfuerzo y el más penetrante ingenio de los filólogos. La maestría de Gottfried Hermann, a través de la cual Leipzig se convirtió en una de las más celebradas sedes de la filología clásica, correspondía a esta concepción. Pero tampoco Gottfried Hermann se mantuvo temeroso en este círculo. En su señero *de emendanda ratione grammaticae Graecae*¹ y en otros trabajos hizo audaces incursiones en el terreno de la lingüística general, llevó a la mitología, a las antigüedades escénicas al ámbito de su investigación. Sin embargo, es imposible estudiar las obras escritas de un pueblo de manera aislada y por sí mismas; para su comprensión completa deben agregarse los aspectos restantes de su vida intelectual [*Geistesleben*], y es por eso que no llega a comprenderse por qué el filólogo debería considerar el estudio de la literatura como el verdadero *ergon* y las otras cosas solo como *parerga*. Aunque alguno prefiera adoptar esta posición para sí o para sus fines específicos, una preferencia tal de un aspecto por sobre los demás no podrá sostenerse de manera concreta. Con razón, así, se ha reclamado que los estudios de la lengua, de las llamadas antigüedades, de la mitología, del arte, no sean considerados como meros medios para la comprensión de las obras escritas, sino que adopten una posición pareja junto al estudio de la literatura. Y así se ha ido imponiendo cada vez más una tercera concepción de la filología: aquella que en lo esencial representó F. A. Wolf, al establecer la filología como Ciencia de la Antigüedad. La tarea de la filología es en este sentido la comprensión de la Antigüedad en su totalidad, por consiguiente la de la filología clásica es la comprensión de la Antigüedad grecorromana; así los distintos aspectos de esta Antigüedad constituyen las partes individuales de la ciencia, que en completa igualdad de condiciones se unen para proporcionar la imagen completa de la cultura antigua. Los cuatro aspectos principales de cada cultura desarrollada serán la lengua, la fe, el arte y las costumbres. Cada uno de estos aspectos constituye una disciplina de la filología clásica, con lo cual será necesario, a causa de la gran diferencia de fuentes y materia, separar las artes escénicas de las verbales, y elevar a la ciencia del arte verbal o de la literatura a disciplina principal. Estas disciplinas singulares tienen evidentemente, así como los objetos que trabajan, un doble contexto. En la medida en la cual es uno y el mismo pueblo el que produjo la lengua griega, la creencia en los dioses griegos, el arte y las costumbres griegas, todas estas expresiones del espíritu del pueblo se mantienen unidas internamente gracias a la helenidad [*das Griechentum*], y en la medida en la cual la helenidad y la romanidad, apoyadas en un fundamento emparentado, se han visto inseparablemente imbricadas en lo más rico de su desarrollo, ambas se mantienen unidas en el concepto común de la Antigüedad clásica. Y esta relación es para la filología la más importante, en ella reside la unidad de su ciencia. En la medida en la cual el pueblo es el sujeto de todas esas actividades intelectuales [*geistige Tätigkeiten*], podemos llamar a este contexto uno nacional. Por otra parte, cada aspecto de la vida del pueblo se toca con el correspondiente en la vida de otro, por ejemplo, la lengua griega y la romana con la lengua alemana, la literatura y el arte griego antiguos con los modernos. Al hacer un corte transversal en la materia de estudio en la otra dirección, resulta como unidad para las distintas lenguas una ciencia general del lenguaje, para la fe popular una ciencia general de la religión, y así sucesivamente. Cada disciplina filológica puede subordinarse materialmente a una unidad superior de esta suerte. Es claro que el contexto nacional antes mencionado se entrecruza con este contexto material. Pero justamente este cruce, este trabajo sobre el mismo material desde diversos puntos de vista es lo que promueve la ciencia. Entre las disciplinas generales mencionadas, ninguna está tan avanzada en su construcción ni es tan rica en resultados como

¹ Leipzig, Fischer, 1801 [N. de T.].

la ciencia general del lenguaje. Cuanto más espiritual, fino y rico es el objeto de la lengua, tanto menos puede sustraerse el estudio de cualquier lengua individual a la relación con la ciencia del lenguaje. Y a la inversa, en la medida en la cual la lengua crece entrelazada con el arte de los versos, con toda la vida intelectual propia de un pueblo, de manera inseparable, es imposible que un tratamiento desde puntos de vista generales sea suficiente: para el estudio lingüístico general de tales lenguas debe añadirse el filológico, consciente del contexto nacional, fundado en el trabajo familiarizado con griegos y romanos. Permítannos aproximarnos un poco más a la necesidad de esta complementación recíproca.

La ciencia general del lenguaje había caído en la confusión y en cierto modo de absurdo, a través de un enfoque superficial y unilateralmente lógico, cuando tomó en nuestro siglo un giro completamente nuevo, no solo a través de la especulación filosófica, sino también a través de la investigación empírica de un material infinitamente acrecentado, así como de la síntesis totalizante de los resultados individuales alcanzados por esta vía. Basta aquí a nuestro propósito con referir al conocimiento expandido desde Inglaterra del maravillosamente regular y transparente sánscrito, al conocimiento cada vez más amplio de las lenguas de los pueblos sin cultura de América, Asia y África, finalmente al examen preciso y completo de la lengua alemana en sus numerosas diferencias locales y epocales. Los nombres de Franz Bopp, Wilhelm von Humboldt y Jacob Grimm designan estas tres direcciones, las más importantes para la filología clásica, y vivificante impulso para la investigación lingüística general. A través de la investigación realizada por estos hombres, y por aquellos que prosiguieron el trabajo sobre esta base, se ha extendido una visión esencialmente diversa sobre la naturaleza misma del lenguaje. Ya no puede ocurrírsele más a nadie explicar la lengua como un problema de invención ingeniosa o incluso de consenso, ni remitir las formas lingüísticas a categorías y esquematismos lógicos. La lengua emerge al igual que la fe, las costumbres, el derecho, el canto popular, de la vida natural o instintiva de un pueblo; la lengua puede comprenderse en su origen y devenir progresivo solo si prescindimos de ese artificio, en el cual la lengua fue encerrada en una época de formación letrada, muy posterior. Las lenguas obtuvieron sus formas básicas y la masa principal de su vocabulario en una época que se encuentra mucho más allá de toda transmisión histórica, incluso más allá de la existencia de los pueblos. Una lengua así es desde sus fundamentos algo transnacional, y no puede ser comprendida por completo solamente desde el punto de vista del filólogo. Debemos pasar de la lengua individual a la familia de lenguas y a su linaje, para comprender los elementos de la misma. La estructura del verbo griego no se conformó en la época de los griegos, sino en una infinitamente más antigua, ya que los antepasados de los griegos formaban aún un todo con aquellos de los itálicos, germanos, eslavos, celtas, de los pueblos índicos y persas. Esta época, que queremos llamar período indogermánico, constituye el trasfondo para la vida individual de las lenguas y pueblos mencionados. Solo el descubrimiento del linaje lingüístico indogermánico es un hecho de infinita importancia, también para los filólogos clásicos. La filología, hasta hace cincuenta años, no conocía más allá de Homero sino confusas leyendas, o combinaciones aún más descabelladas, que fueron justamente desechadas por el sentido común de espíritus más lúcidos. Desde entonces se han abierto como una rasgadura en las tinieblas que nos envolvían los claros trazos de un luminoso mundo primitivo. A este mundo primitivo, al período indogermánico, no se debe acceder por el camino de las visiones, sino por el de la investigación sobria y rigurosa. La comparación de las lenguas identificadas como emparentadas entre sí, el análisis de las formas, la distinción de aquello que es común a todas las lenguas y lo propio de cada una, son los medios simples, fácilmente comprensibles e infalibles si se hace un uso juicioso de ellos, con los que se puede acceder a aquel mundo primitivo y así a los fundamentos lingüísticos sobre los cuales se elevó la estructura de la lengua de los griegos y la de los romanos. Ya solo viéndola del lado negativo, se revela la

importancia de esta nueva perspectiva para la filología clásica. La confianza con la que antes se aventuraban las más audaces elucubraciones sobre el origen de las formas encuentra en este método una crítica implacable; innumerables etimologías que en épocas antiguas y modernas proliferaban como hongos, con frecuencia para ganar un apoyo lingüístico para una opinión cualquiera, se dan de bruces contra las filosas aristas de las leyes fonéticas y la descomposición de las formas que debe practicar el estudioso de la lengua. Este lado negativo no debe ser subestimado. Las ciencias progresan en lo esencial dejando de lado una tras otra las opiniones que se evidencian falsas y carentes de solidez, remontando el reino de la verdad cognoscible a un núcleo quizás más pequeño, pero firme. La posibilidad de la mera adivinación a ciegas en cuestiones de lengua ha sido al menos muy reducida a través del método lingüístico de nuestra época. – A estos resultados negativos se agregan también resultados positivos. Por supuesto que aquel que se entregara a la fe en que ahora mismo se resolverán todos los misterios de la lengua se estaría equivocando mucho. Lo que ya dice Quintiliano: *inter virtutes grammatici habebitur aliqua nescire*, es completamente válido para el estudioso de la lengua de nuestros días. La vida de las lenguas mantendrá siempre sus aspectos misteriosos. Pero allí se manifiesta el progreso, en que podemos trazar las fronteras entre lo claramente cognoscible y el reino de las puras especulaciones, e identificar de antemano ciertas preguntas como irresueltas e irresolubles con los medios actuales de la ciencia, mientras, por otra parte, gracias a la lingüística comparada se extiende una clara luz sobre grandes e importantes terrenos y numerosos aspectos individuales de las lenguas griega y latina. La estructura del verbo griego, con su tan admirada riqueza, llevaba antes consigo, a pesar de toda la agudeza empleada en él, el carácter de lo caótico. La masa de anomalías superaba largamente el pequeño inventario de verbos regulares y parecía incomprendible cómo los helenos, de pensamiento tan claro y mesurado, podían haber dejado extenderse aquí toda esta salvaje y desordenada maleza. Se recurría a la conjetura del llamado tema doble, *phygo* y *pheugo*, *balo* y *ballo*, *tyo* y *typto*. Pero de dónde venía esa duplicidad, eso no lo podía decir nadie. Desde que tenemos un panorama sobre el verbo sánscrito, reconocemos en todas estas irregularidades el mismo principio, según el cual la raíz verbal más breve se extiende para la construcción de ciertas formas. Y como estas formas extendidas o más amplias se emplean para designar la acción en el presente y en el imperfecto como una acción duradera, por consiguiente, en su extensión, y las más breves o fáciles para expresar la acción momentánea del aoristo, podemos identificar con claridad el objeto de la extensión. La lengua alcanza ese objetivo de modos muy diversos. Esta circunstancia se simplifica y explica también con una investigación más profunda. Puesto que, por una parte, se puede comprobar que modos de construcción en apariencia completamente distintos proceden de una forma básica, y por otra parte podemos explicar la diferencia a partir de una serie de capas que se depositaron una sobre otra, o con otras palabras como distintos intentos, consecutivos en la historia de la lengua, de alcanzar el mismo objetivo, o uno similar. Puesto que en general la lengua es un esfuerzo, una lucha múltiple por la expresión de lo pensado, que recién a lo largo de este proceso gradual cobra forma y claridad. – Por la misma senda de una investigación lingüística genética que se abre paso hasta las épocas primitivas de los pueblos es que han encontrado su explicación algunas formas dialectales o de períodos lingüísticos más antiguos. La lengua homérica nos ofrece esa clase de imágenes, que nos remontan más allá de la lengua griega misma. Pero no menos los demás dialectos. Luego de que se descubrieran nuevas fuentes para ellos en el estudio crítico de las inscripciones establecido por Boeckh,² le fue dado a Ahrens trazar con mano segura los rasgos característicos del dialecto dórico y el eólico, sobre la base de aquellas investigaciones.³ Pero todos los años asoman del suelo de

² Boeckh, August. 1826-1843. *Corpus Inscriptionum Graecarum*, 2 vols., Berlín, Reimer.

³ Ahrens, Heinrich Ludolf. 1839. *De graecae linguae dialectis*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht.

Grecia nuevas tablillas, que presentan nuevos problemas, cuyo dialecto en ocasiones recién encuentra comprensión y explicación bajo el microscopio del gramático. – Casi con mayor celo aún se investiga siguiendo el mismo método la antigüedad itálica. Aquí solo hace falta mencionar los nombres de Friedrich Ritschl, Theodor Mommsen y Theodor Aufrecht para recordar estos estudios de los monumentos lingüísticos latinos, oscos y de otras lenguas itálicas antiguas, a través de los cuales se ha dado una reforma esencial no solo en la historia de las lenguas itálicas, sino también en la observación de los tiempos antiguos de Roma. Estos estudios son promovidos y auxiliados a cada paso por la lingüística comparativa. Sin ella, las tablas eugubinas y bantina, la piedra de Avella, permanecerían incomprendidas, sin ella no hubiera podido identificarse el emplazamiento que corresponde a la lengua latina entre las demás lenguas itálicas, menos aún la verdadera relación del latín con el griego. Incluso formas latinas más antiguas encontraron recién por este medio su interpretación. Solo quisiera mencionar aquellas formas en *d*, que aparecen en las inscripciones latinas más primitivas, ya ininteligibles para los antiguos. Esta *d*, por ejemplo en *de senatuos sententiad*, que desde el punto de mira de la lengua latina más tardía aparecía como completamente superficial, anteriormente apenas como una paragógica. Se la llamaba incluso eufónica, aunque nadie podía entender cuál era la eufonía que se lograba agregando a una vocal al final de una palabra el sonido *d*, justamente aquí tan difícil de pronunciar. Esta *d* eufónica –en el fondo cacofónica– es reconocida ahora como el antiguo signo del ablativo. Luego de que se proporcionara esta explicación con ayuda del sánscrito, esta encontró su confirmación rotunda en el análisis de la lengua osca. Ya que en este dialecto más próximo al latín, la terminación de este caso no es como en sánscrito *t*, sino exactamente como en el latín antiguo la más suave *d*. – Aún no se han expulsado completamente de las gramáticas escolares vulgares estas lecciones, que como las conocidas reglas de los nombres de las ciudades, resultan insultantes para la razón así como para la historia de la lengua. La querida juventud aprende aún que ante la pregunta por el dónde, las palabras de la primera y segunda declinación están en genitivo, las restantes y los plurales en ablativo; como si la pregunta “dónde” fuera una gran dama, que seleccionara para las distintas declinaciones, como para las estaciones del año, residencias distintas. Incluso los antiguos gramáticos manejaban esta regla de forma más comprensible, al decir solamente que el *adverbium loci* sería en un caso igual al genitivo, en el otro al ablativo. Pero ahora es de conocimiento general que la mencionada irregularidad se explica a partir del antiguo locativo, cuya forma conservada desde un período lingüístico más temprano coincidiría no originariamente –ya que incluso el más antiguo latín distinguía aún entre el genitivo *Româi* y el locativo y dativo *Romai*– sino recién mediante el progresivo desgaste de los sonidos, aquí con el genitivo, allí con el ablativo.

La lingüística comparada comenzó con la descomposición de las formas gramaticales, y aquí ha operado un cambio total. Pero desde las formas avanzó hacia el contenido último de la lengua, las raíces. Es sabido que los fundamentos de la etimología en este sentido más estricto de la palabra y la raíz han sido establecidos por August Pott.⁴ Y fácilmente podría destacarse también aquí, en este terreno resbaladizo a pesar de toda la precaución y toda la agudeza que se emplee, una serie de resultados importantes y seguros. Pero no nos está dado hoy perdernos en los aspectos individuales, que raramente pueden ser presentados de manera convincente sin una exposición un poco más exhaustiva. No obstante, me permitiré hacer referencia a una doble contribución esencial que aportan estas investigaciones. Por un lado accedemos por la vía del estudio de las palabras a resultados destacados en la historia cultural. Los nombres compartidos demuestran un conocimiento común de los objetos y conceptos designados con ellos. Si en todos los pueblos indogermánicos encontramos un nombre divino común que se

⁴ Pott, August-Friedrich. 1833. *Etymologische Forschungen auf dem Gebiete der Indo-Germanischen Sprachen*, Lemgo, Meyer.

remonta a la raíz *div*, y originalmente significa el cielo reluciente, entonces no podemos dudar de que los pueblos ya antes de su separación adoraban a un dios de los cielos. Si resulta en una serie de lenguas emparentadas una raíz *ar* con el significado común de arar, entonces podemos atribuir a esos pueblos la agricultura en ese período, mientras para la producción del vino no es válido lo mismo, ya que la raíz *vi*, que está en la base del lat. *vinum* y *vītis*, y el griego *phoinos*, significa solamente retorcerse, el sustantivo derivado de él entonces originalmente solo una enredadera, y el lúpulo era llamado *ap-vyna-s*. Haber establecido por primera vez de manera completa este importante costado de la etimología es en primer lugar un mérito duradero de Adalbert Kuhn.⁵

Otra ventaja de la etimología correctamente aplicada reside en que nos permite relacionar el vocabulario de lenguas, si bien extranjeras, originariamente emparentadas, con el de nuestra propia lengua alemana. “La lengua” dice Wilhelm von Humboldt, “no puede ser enseñada, sino solo despertada en la mente del aprendiz”. Este despertar no se logra de una manera mejor y más completa sino por medio del vínculo con la lengua materna, la única verdaderamente viva en nosotros. La etimología comparada demuestra en numerosos casos la relación que tiene lugar entre una palabra alemana significativa y una griega o latina. Desde luego que esa relación solo puede ser descubierta cuando la forma alemana más antigua coincide con la forma básica establecida para la época más temprana de acuerdo con las reglas fijas del tránsito entre los sonidos. Si se puede demostrar esto, entonces podemos sentir que la palabra en cuestión de la lengua extranjera se hace considerablemente más próxima. Así, *kaló-s* se corresponde con el alemán *heil*, y viene entonces puramente del significado básico de “saludable”. *Hor-á-o*, de la raíz *Phor* se acomoda al alemán *ge-wahr-en*, *wahr-nehmen*, y el sustantivo *ouro-s* originalmente *Phouro-s* al alemán *Wart*, *Wärter*, el lat. *cav-ê-re* resulta ser idéntico al alemán *schauen*, gót. *skavjan*, y por eso en el dicho *trau, schau, wem* [confía, mira, a quién] el imperativo alemán podría traducirse con *cave*. – Recién gracias a tales comparaciones es que se nos hace posible en muchos casos abrirnos paso hasta el significado más propio, individual de una palabra o de una raíz, y es una tarea especialmente gratificante indagar cómo esta imagen básica prácticamente irradió hacia las distintas lenguas emparentadas, y a pesar de la unidad originaria adquirió colores muy diversos.

La importancia de la lingüística comparada para la filología, como procuramos dejarlo en claro con algunos ejemplos precisos, ha llegado cada vez más a la conciencia de los filólogos en época reciente, luego de una batalla largamente sostenida con hábitos herrumbrosos y obstinados prejuicios. Al menos en sus principios, nadie está dispuesto ya a poner en duda honestamente esta importancia; cuando surgen diferencias se trata más de la aplicación o de en qué medida cada uno debe distanciarse de perspectivas y puntos de vista anteriormente aprendidos. Por el contrario, entre aquellos que reconocen el significado de la lingüística general se verifica una postura acerca de la relación de estos estudios con la filología clásica, que tampoco es la correcta. Algunos filólogos consideran que la verdadera lingüística, incluso cuando concierne al griego y el latín, es un terreno ajeno a ellos. En la medida en la cual se reservan para sí el conocimiento preciso de las lenguas, la sensibilidad lingüística [*Sprachgefühl*], la mayor familiaridad posible con el uso lingüístico, se sienten inclinados a delegar las investigaciones sobre la estructura lingüística, sobre el origen de las formas lingüísticas y del vocabulario, a los investigadores en lingüística comparada, esperando de ellos que lleven a cabo el trabajo encomendado para su satisfacción y compongan para sus objetivos los resultados lo más prolija y comprensiblemente que sea posible. Esta postura, no obstante, resulta tan incompatible con la esencia de las ciencias como con las tareas especiales de la filología clásica. En la ciencia no puede encargarse ningún tipo de trabajo. Aún los más

⁵ Kuhn, Adalbert. 1859. *Die Herabkunft des Feuers und des Göttertranks. Ein Beitrag zur vergleichenden Mythologie der Indogermanen*, Berlín, Dümmler.

seguros resultados de la investigación tienen escaso valor para aquel que no se atreve a seguir los caminos a través de los cuales estos han sido obtenidos, a penetrar en los fundamentos sobre los que estos se apoyan. Sin un acceso tal, no se obtiene convicción alguna, y esa es justamente una sana costumbre en la vida científica: que solo reconocemos aquello de lo que nos hemos persuadido. La lingüística comparada no es una teoría secreta encerrada en sí misma, sus principios son inusualmente sencillos y fácilmente comprensibles. Resulta deseable que los filólogos se adentren cada vez más en su conocimiento. Más aún, la lengua resulta hasta tal punto inherente a toda la vida intelectual de un pueblo, comprende en sí en un grado tal las formas y contenido de su pensamiento, que las preguntas más refinadas y elevadas a este respecto solo pueden ser planteadas por aquel que encuentra su hogar en esa vida intelectual. Por otra parte, estas preguntas no pueden ser correctamente planteadas sin alguna consideración de los medios y procedimientos del lingüista. En la vida de la lengua todo está conectado. La sintaxis descansa en la morfología, así como la lexicografía y la sinonimia en la etimología. Si la filología pretende no restringirse a meras observaciones en cuanto a las primeras disciplinas, entonces no puede prescindir de las últimas. En el futuro, entonces, los hijos de la filología clásica deberán tomar conocimiento de la lingüística en un grado tal que les permita obtener un juicio sobre sus resultados, que algunos entre ellos estén en condiciones de estudiar ellos mismos y de manera autónoma las lenguas pertenecientes a sus terrenos, cuyo examen más preciso la filología no debe nunca dejarse arrebatar.

Una separación brusca entre investigación lingüística filológica y comparada perjudicaría sin embargo no solo a la primera, sino también a la última. La lingüística general precisa del complemento de la filología tanto como a la inversa. Para aquel que abarca una serie grande de lenguas con la intención de indagar en lo que es común a ellas, resulta imposible estar de tal modo en casa en una lengua singular que no lo induzca fácilmente a error. Cuánto debe, por ejemplo, el análisis del latín a la cuidadosa crítica con la cual la latinidad antigua ha sido tratada recientemente por los más importantes filólogos. Para el griego, Hesiquio ofrece todo un conjunto del más curioso material lingüístico, que empero solo puede ser utilizado correctamente por aquel que conozca las características propias de ese notable léxico, justamente del mismo modo en que, a la inversa, alguna glosa llamativa contenida en él, que sin atender a estudios lingüísticos de mayor alcance aparece como algo carente de sentido, obtiene su explicación a través de estos, y así es protegida contra intentos arbitrarios de modificarla. Aquí puede verse con claridad cuán poco posible resulta una separación. Para la lingüística comparada, resultan de gran importancia los dialectos y las diferencias temporales de una lengua. También para la correcta satisfacción de esta necesidad es necesaria una familiaridad filológica con ellas. El dialecto artificial de Teócrito no puede ser puesto en la misma línea que las formas que cualquier albañil haya utilizado del uso vivo de su medio para una inscripción. Los dialectos poéticos de los griegos están gobernados en su totalidad por una cierta convención, que tampoco debe ser ignorada en el momento de plantear interrogantes específicos. Esto es válido incluso hasta cierto grado para la lengua homérica. Quien pretenda reformarla –como se ha intentado recientemente, de manera arbitraria, de acuerdo al patrón de una supuesta helenidad más antigua–, sin tomar en consideración la historia inherente al texto homérico, que es el producto de siglos, corre el peligro de hacer del griego Homero cada vez más un indogermano, y de rejuntar pintorescamente formas lingüísticas separadas durante largo tiempo. – También para el análisis de las formas lingüísticas, más aún para el descubrimiento de la etimología, es necesaria la sensibilidad lingüística del filólogo, así como un conocimiento preciso de la lengua. Los estudiosos de lenguas comparadas han reunido recientemente en la etimología el griego *poiein* con el latín *opus*, *operari*. Pero más allá de otras dificultades, el significado individual de sendas palabras es muy diferente. *Opus*, correspondiente al sánscr. *apas* y genealógicamente relacionado con

el alemán *üben*, denomina el trabajo desde el lado del esfuerzo, mientras *poiein*, al contrario de la ejecución esforzada, el *opus operatum*, designa la creación libre. El poeta y el *operarius* seguirán siendo personas diferentes también en el futuro. Por otro lado, al último pertenece *Pan-op-eu-s* el hacedor, el padre del *Hep-eiô-s*, del carpintero del caballo de Troya. – Del mismo lado proviene la reunión del griego *kairós* con el lat. *quie-s*, como si el momento desaparecido en la *nu* y la tranquilidad no fueran extremos opuestos. Solo quien se haya dado por satisfecho con la descripción general del concepto y pensara en el alemán *Zeit haben* [tener tiempo], podría caer en el error de reunir estas dos palabras. – El terreno del investigador general del lenguaje es el costado natural, mientras que aquel del filólogo, por así decirlo, es el costado cultural de la lengua. No obstante, puesto que cada lengua constituye una totalidad desarrollada, resulta imposible separar por completo un lado y el otro. El investigador filológico de la lengua corre el riesgo de desconocer los comienzos y fundamentos primeros de la lengua, el investigador general, el de subestimar el desarrollo posterior y la más refinada elaboración de la misma. Las más importantes preguntas, no obstante, solo pueden responderse cuando ambas cosas son tomadas igualmente en consideración; una imagen completa de la historia de una lengua solo puede ser obtenida por aquel que desde esa base observa las más finas y características derivaciones de la vida de la lengua. Y es que el geógrafo tampoco tiene que limitarse a indagar en las condiciones naturales bajo las cuales un pueblo se pudo asentar, sino que debe asimismo enseñar cómo el espíritu del pueblo, operando de manera más o menos consciente, utilizó estas condiciones específicas para sus propios fines. Entre algunos estudiosos de la lengua se ha vuelto costumbre admirar solamente las formas más sonoras de los períodos lingüísticos más tempranos, tratando en cambio a las más desgastadas, pero empleadas para usos significantes, con una cierta subestimación, hasta el punto de llegar a datar la decadencia de la lengua a partir de ese momento, ya que allí comenzó a deteriorarse la plenitud originaria de las formas, pero solo para posibilitar un uso espiritual más vivo. Sigue resultando de una gran parcialidad considerar la lengua de Ulfilas más completa que el alto alemán de Goethe. Esto es lo grande y fascinante en la historia de la lengua: que la decadencia superficial da a luz nueva vida, que el espíritu usa el debilitamiento de la materia para sus fines y que despliega más libremente sus alas recién cuando el contenido sonoro de las palabras ya ha discurrido hacia un tejido más fino. Así como Alexander von Humboldt en su cosmos de la naturaleza no tiene lugar meramente para el sistema solar y la inconmensurable diversidad del mundo animal y vegetal, sino que también trata de la complejidad natural del ser humano, así también el cosmos de la lengua solo se encuentra completamente expuesto cuando se lo sigue desde sus primeros fundamentos hasta los periodos en los que deviene el órgano de la fuerza espiritual humana que crea conscientemente. A primera vista, sin embargo, es algo muy diferente percibir las finezas características del uso ciceroniano de la lengua e indagar en el origen de las formas verbales latinas. Pero mirándolo más de cerca, se encuentran numerosos puntos de contacto entre ambas actividades. Puesto que al fin y al cabo consideraremos la prosa de aquella época como la más perfecta, porque fue en ella que la riqueza natural de la lengua latina en formas armoniosas y la clausura natural de su sintaxis –comprensible solamente en base a investigaciones etimológicas– fue dominada con la mayor maestría. Se ha dicho que son distintas dotes las que se precisan para estos diferentes modos de trabajar con la lengua. ¿Y quién va a negar que es precisa la cooperación de múltiples fuerzas, que en este como en otros terrenos es necesaria una división del trabajo? Pero dividir es algo distinto de separarse e ignorarse mutuamente, o solamente subestimarse. Además, a quien quiera afirmar la imposibilidad de conciliar ambos puntos de vista, podemos remitirlo a un gran ejemplo. Puesto que de hecho sería muy difícil decidir si Jacob Grimm ha hecho mayores méritos en la investigación lingüística o en la filología alemanas. Si por un lado no solamente ha expuesto

por primera vez en su rica diversidad nuestra lengua alemana, sino que también, gracias a su método y a numerosas investigaciones singulares, ha hecho aportes significativos para un círculo más amplio de lenguas, y esencialmente para el griego y el latín, muestra no obstante al mismo tiempo, del otro lado, un sentido tan fino para lo más característico de la vida del pueblo en la lengua, la poesía, las costumbres y creencias, que en su caso, más que en el de cualquier maestro de la filología clásica, las más diversas vertientes del espíritu del pueblo son honradas al mismo tiempo y consideradas con igual amor. El prodigioso ejemplo de este noble hombre alemán también preservado en la vida de nuestro tiempo puede entonces bien enseñar que la conexión entre ambas orientaciones, si bien difícil de alcanzar en este nivel de perfección, no deja de poder ser discretamente imitada, como un objetivo hacia el que siempre deberíamos apuntar.

La filología clásica tiene la bella y práctica profesión de preservar la cultura de griegos y romanos para todas las épocas, de inyectar en las siempre renovadas generaciones el gusto por ellas. Esto solo puede darse sobre la base de un conocimiento riguroso y preciso de la lengua. Sin que por ello el filólogo tenga que postergar los restantes aspectos de la Antigüedad clásica, la enseñanza de las lenguas será siempre para él su objeto principal. Pero justamente esta enseñanza puede volverse más atractiva para el docente y más fructífera y vivaz para el alumno si tiene lugar en el espíritu y sentido de la investigación lingüística actual. La amplitud del horizonte, la mayor alegría ante el objeto lengua mismo prevendrá más fácilmente al maestro ante el error de estancarse en una masa de erudición, gracias a la cual la clase de lenguas se vuelve con tanta facilidad un padecimiento para el estudiante.

Al hablar del vínculo entre la filología y la lingüística, he indicado a Ustedes, estimadísimos asistentes, el objetivo especial que me he fijado como tarea científica de mi vida: poner en vivo intercambio a la filología clásica, a cuya enseñanza y promoción me debo, con la más general investigación lingüística. También en mi función docente en esta Universidad, a la que he sido convocado gracias a la confianza del supremo gobierno y de mis estimadísimos señores colegas, espero establecer un lugar para esta especial orientación, y ruego a todos Ustedes, docentes y estudiantes, que me han honrado con su presencia en el día de hoy, su amistoso apoyo en el mencionado afán, así como en mi labor en esta función en general.